

NOS HABÍAMOS TERRUQUEADO TANTO: CÓMO Y POR QUÉ EL PODER INSTRUMENTALIZA EL CONCEPTO “TERRORISMO”

RUBÉN JORDÁN

Pontificia Universidad Católica del Perú

Resumen:

El presente artículo explora la apropiación discursiva que el poder contemporáneo hace del concepto “terrorismo”. A partir de algunas indicaciones de las filosofías políticas de Platón y de Hobbes, similares en cuanto a su encomio de la violencia como herramienta del poder, se defiende que abusar del concepto “terrorismo” sirve al poder como mecanismo de autolegitimación y autoafirmación. Esto es así porque el poder, a través de sistemas doctrinales muy diseminados, presenta los actos terroristas como una muestra del hipotético estado de caos total que surgiría si se modificara su actual configuración.

Palabras clave:

terrorismo, terruqueo, poder, violencia, propaganda.

Abstract:

This paper examines the discursive appropriation of the concept of “terrorism” by the contemporary establishment. Drawing some indications from the political philosophies of Plato and Hobbes, who share a similar enthusiasm for violence as an instrument of power, the argument is made that the misuse of the concept of “terrorism” functions as a mechanism for the self-legitimation and self-affirmation of power. This is the case because power, through widely disseminated doctrinal systems, presents terrorist acts as a sample of the hypothetical state of total chaos that would arise if its current configuration were modified.

Keywords:

terrorism, terrorist-dubbing, power, violence, propaganda.

§1. INTRODUCCIÓN

El Estado de Israel llama terroristas a los movimientos de liberación nacional de Palestina por atentar contra sus puestos militares. Los palestinos llaman terrorista al Estado de Israel por promover asentamientos y atacar civiles en sus tierras. Algunos políticos estadounidenses llaman terrorista a cualquier seguidor de la religión islámica porque, en 2001, un grupo de musulmanes estrelló aviones contra unos rascacielos de Nueva York. Muchos musulmanes llaman terrorista a Estados Unidos por invadir sus países y ejercer violencia militar y epistémica en ellos. En el Perú, ciertas élites llaman terrorista a todo aquel que no es parte de las élites o, simplemente, a aquel que no les da la razón. Es más, al leer el título de este humilde ensayo, no dudarían en acusarlo de ser una apología al terrorismo y pedir cárcel, si no muerte, para su autor. Otros ciudadanos peruanos usan la palabra terrorismo para referirse a determinados hechos violentos llevados a cabo por el Estado durante las décadas de 1980 y 1990.

Este uso ambiguo del término “terrorismo” es sintomático. Sugiere que su referente mismo es un fenómeno extraordinariamente oscuro y abstruso. Sugiere que los intereses y afectos de los que hablan de él tienen gran influencia en la decisión de a quién se aplica la etiqueta. Sobre todo, sugiere una radical diferencia de cosmovisiones entre los que tienen poder y los que no. Por ello, resulta pertinente analizar la equívocidad de esta palabra en el marco de la filosofía política, más específicamente, como parte de una analítica del poder. Siguiendo esta pista, en el presente ensayo se defiende la tesis según la cual el uso que el poder suele hacer del concepto terrorismo constituye una estrategia lingüísticamente articulada de justificación y autoafirmación existencial. Es una estrategia en la que resuenan los ecos filosóficos de las teorías platónica y hobbesiana del poder, aunque con características propias que la hacen, cualitativa y cuantitativamente, mucho más sofisticada, sutil y peligrosa.

La tesis se defiende en tres bloques. En el primer bloque se explica por qué el terrorismo es un fenómeno inherentemente ambiguo y difícil de definir positivamente, lo cual lo hace altamente susceptible de ser instrumentalizado por el poder. Esto es así no solo porque el terrorismo admite una gran

variedad de motivaciones, sino, principalmente, porque ejerce una violencia difusa y errática. Por tanto, está en condiciones de ser presentado por los poderosos como el anuncio tímido de un estado de anarquía violenta y generalizada que solo puede ser evitado por ellos. Así, la negatividad del terrorismo lo vuelve proclive a encajar en una narrativa que retoma la justificación existencial que propuso Hobbes para el poder, una justificación basada en el temor a la violencia que, en teoría, surgiría en ausencia del poder.

En el segundo bloque, se explica cómo exactamente el poder lleva a cabo la instrumentalización del terrorismo. Siguiendo los consejos de Platón y Maquiavelo, el poder contemporáneo ve con buenos ojos engañar y mentir a la población, llamando terrorismo a cosas que no son terrorismo. Se implementa aquí una estrategia lingüística que aprovecha el control de los espacios públicos y los medios de comunicación para distorsionar el significado de la palabra, de modo que se pueda aplicar a todo aquel que resulte incómodo al *status quo*, y así excluir de antemano diversas posibilidades de oposición política, a partir de la manipulación del miedo de la población. Se hace aquí énfasis en la versión peruana de la estrategia, bautizada como “terruqueo”, que, además, hace visible el papel crucial que desempeña la prensa en el proceso.

Finalmente, en el tercer bloque se argumenta que este terruqueo es solo un caso particular del ejercicio de dominación blanda o no-violenta que a día de hoy caracteriza al poder. Aunque, en principio, la apropiación del concepto terrorismo tiene por finalidad justificar el monopolio de la violencia por parte del Estado, insospechadamente este discurso le ha enseñado al poder que es mucho más eficiente dominar a los gobernados sin violencia física. En lugar de controlarlos físicamente, ahora se busca controlarlos psicológicamente, de modo que se sientan libres y contribuyan voluntariamente a su propio sometimiento. Esto se logra, por un lado, fomentando la balcanización ideológica y el tribalismo de la sociedad para inhibir el diálogo y la participación política al tiempo que, por otro lado, se fijan rígidamente sentidos epistémicos y existenciales por medio del lenguaje, los cuales narcotizan a la población y desaconsejan cuestionar demasiado al poder.

En todo momento, describo la instrumentalización del terrorismo y, por tanto, el poder que la lleva a cabo, como cínico y antidemocrático, pero esto no debe llevar al fatalismo o al derrotismo. Por el contrario, poner en evidencia los vicios del poder es condición de posibilidad de cualquier emancipación. Visibilizar y percatarse de los mecanismos subrepticios de engaño y manipulación es lo primero que debe hacer quien quiera librarse de ellos. Así pues, creo que esta crítica al poder vigente delinea, por vía negativa, un camino hacia un ejercicio del poder verdaderamente justo y honesto, que puede sonar como un ideal lejano, sobre todo en el Perú, pero que es legítimo y necesario perseguir.

§2. ONTOLOGÍA DEL TERRORISMO

Si uno busca en un diccionario el significado de la palabra “terrorismo”, verá que se define como la “sucesión de actos de violencia ejecutados para infundir terror” (RAE 2001, 1471). Esta definición es fundamentalmente formal y abstracta, y justamente en eso radica su virtud y su defecto. Por un lado, al no especificar en qué consisten exactamente estos actos de violencia, quiénes los ejecutan, ni con qué motivaciones particulares lo hacen, esta caracterización tiene la ventaja de la neutralidad. El terrorismo podría ser, entonces, practicado tanto por Estados como por grupos clandestinos o individuos aislados y podría tener las más diversas motivaciones. Por otro lado, la ausencia de contenidos concretos en la definición abre la puerta al relativismo. Basta con dilatar un poco el alcance de lo que se entiende por terror para que la arbitrariedad de las distintas comunidades epistémicas permee en el uso de la palabra. Surge así la inevitable tentación de intentar despejar esta equivocidad del término, para lo cual, parece razonable analizar el elemento aparentemente más objetivo presente en esta y otras definiciones de terrorismo: la violencia.

§2.1. Un toque de violencia

Si dejamos de lado, por un momento, la discusión sobre las distintas formas que puede tomar la violencia (psicológica, epistémica, etc.), y nos ceñimos

a su versión estelar, es decir, la violencia física, la caracterización del terrorismo parece ganar en objetividad. Es perfectamente comprensible que la violencia física, en tanto doloroso preludeo de la muerte, genere cierto miedo en la abrumadora mayoría de seres humanos. Pero este, de por sí natural, miedo a la muerte, requiere algún elemento específico adicional que lo convierta en terror, el cual es cualitativamente distinto. Podría plantearse que este elemento adicional es una justificación ideal o trascendente de la violencia pues, al apelar a este tipo de motivaciones que sobrepasan nuestra finita existencia, se introduciría una sensación de angustia e indefensión en el miedo y se lo convertiría en terror. Entonces, el terrorismo quedaría definido, simplemente, como un conjunto de eventos violentos puntuales (es decir, atentados) realizados en nombre de algún fin superior. Estos fines superiores suelen pertenecer a un espectro, hasta cierto punto, conocido, siendo la religión y la política sus afluentes más comunes, por lo que la noción de terrorismo pareciera aclararse y acotarse.

El problema de esta argumentación es que soslaya una variable que condiciona cualquier análisis de la violencia: el poder. La violencia es constitutiva del poder. Violencia física cuando se trata de formas rudimentarias y torpes de poder, violencia psicológica en el caso de poderes más sutiles y difíciles de percibir, como los de la contemporánea sociedad tecnológica. En general, esta relación constitutiva opera en dos niveles, uno material y otro discursivo. El segundo intenta justificar al primero. En un primer y superficial nivel, que es material, al poder, usualmente ostentado por el Estado, se le confiere el monopolio de la violencia. Ya sea con cuerpos policiales, fuerzas armadas u otros mecanismos, el poder usa la violencia para sostenerse. Mucho antes de la modernidad filosófica y su formulación contractualista explícita, distintos pensadores alentaban que el poder recurra a la violencia para mantenerse a sí mismo, lo cual, a su modo de ver, era beneficioso para la sociedad. Platón, por ejemplo, creía que no ser sumiso al sistema político te convierte en "el peor enemigo de la ciudad" (1999, 856b) y "(...) debe tener como consecuencia la muerte" (1999, 856c). Veía la subversión, junto a otros crímenes, como una enfermedad incurable del alma y anunciaba que, en su república ideal, "a los que tengan un alma perversa por naturaleza e incurable se los condenará a muerte" (Platón 1988, 410a).

En un segundo y más profundo nivel, que es discursivo, el poder usa el miedo a la violencia como parte de una justificación existencial, en la que se fomenta la visión de que el poder, empleando un poco de violencia, evita el desencadenamiento de mucha más violencia. El defensor paradigmático de este punto de vista es Thomas Hobbes, quien compartía con Platón el entusiasmo por la tiranía y el absolutismo. Para él, en ausencia de un poder superior coercitivo omniabarcante que establezca límites a la libertad individual de las personas, regresaríamos a un estado natural de guerra, "(...) una guerra tal que es la de todos contra todos" (Hobbes 1980, 102). Por supuesto, dicho estado natural no tiene un correlato concreto en la historia de la humanidad, sino que es, más bien, una propuesta moral teórica. Hobbes plantea aquí una violencia hipotética y negativa que se anuncia como consecuencia necesaria del eventual desmoronamiento del poder vigente. La violencia aquí es *lo otro* que se coloca frente al poder, pero que no tiene una existencia real, es un fantasma, pura virtualidad, pura posibilidad.

Pues bien, este uso discursivo de la violencia por parte del poder es el más relevante para nuestra tesis. Al no tener una existencia real, al poder le conviene caracterizar determinados eventos como presagios de ese hipotético caos infernal que nos espera si él se derrumba. Al margen de la justa condena moral de la sociedad, al poder, encarnado en diversas instituciones, le resulta provechoso reinterpretar los ataques puntuales de determinados grupos como representaciones de la violencia total cuya prevención justifica su existencia. El terrorismo sirve entonces al poder, para revivir permanentemente su amenaza de que sin él, "existe continuo temor y peligro de muerte violenta; y la vida del hombre es solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve" (Hobbes 1980, 103). Por eso no es de sorprender que, a lo largo de la historia, el poder haya llegado al punto de simular (auto) atentados.

El tipo de violencia que suele ejercer el terrorismo resulta muy compatible con esta pretensión del poder de usar el miedo como principio de legitimación. El terrorismo emplea una violencia aleatoria y dispersa, en oposición a la violencia organizada y centralizada que el poder quiere escenificar, usualmente en la figura de un Estado. Es una violencia esporádica e inestable

que sus propios ejecutores se encargan de reivindicar como opuesta al orden existente. Es una violencia que se oculta y esconde, mientras la violencia del poder es, en teoría, transparente y visible. El terrorismo actúa con espectacularidad y sorpresa, negando la posibilidad del combate y la defensa (Townshend 2002, 6), de la misma forma que niega la distinción entre inocentes y culpables que, aparentemente, la violencia legítima del poder sí hace. Es una violencia injusta, que fácilmente puede contraponerse a la justicia que se arroga el poder en su ejercicio de la violencia, es decir, el terrorismo advierte cómo, en la guerra de todos contra todos, “las nociones de derecho e ilegalidad, justicia e injusticia están fuera de lugar. Donde no hay poder común, la ley no existe: donde no hay ley, no hay justicia” (Hobbes 1980, 104).

El terrorismo, pues, deja de ser simplemente un conjunto de actos violentos y reprobables con connotación política o religiosa, y se revela como un fenómeno refractario y confuso, altamente propenso a ser convertido en una narrativa útil al poder. El terrorismo es la expresión parcial de la negatividad total y tenebrosa que el poder necesita evocar para subsistir. En palabras de Derrida, es algo que “no sabemos qué es y, por tanto, no sabemos cómo describirlo, identificarlo o incluso nombrarlo” (Borradori 2003, 94). Son los fragmentos en acto de una maligna y desconocida oscuridad en potencia que estaría aguardando la caída del sistema. Los ataques terroristas son manifestaciones o “toques” de violencia que advierten de la violencia paroxística que nos esperaría en el dantesco estado de guerra total que la existencia del poder, supuestamente, evita.

§2.2. En la boca del lobo

Francisco Lombardi capta con precisión esta naturaleza negativa y difusa de la violencia terrorista en su celebrada película *La boca del lobo* (1988). En ella, se retrata una de las muchas matanzas perpetradas por el ejército peruano en su lucha contra el grupo maoísta Sendero Luminoso. Curiosamente, ningún personaje de la película es miembro del grupo terrorista. Por el contrario, ellos son los grandes ausentes. Solo notifican su existencia a través de ataques incoherentes y desperdigados al tiempo que

se mimetizan entre la población y en los entornos del pueblo rural en el que se desarrolla la trama. Al operar en los márgenes del tejido social y en la sombra de la clandestinidad, no se puede saber quiénes son o qué proponen exactamente. Solo se puede saber que remiten al ininteligible camino de la negatividad pura de la muerte. Solo se puede saber que son *lo otro* de aquello realmente existente.

Justamente por eso es que su accionar encaja a la perfección con la estrategia que llevan a cabo los militares. Ellos usan la negatividad del terrorismo para intentar legitimar ante la población el uso de la violencia como garante del orden y la estabilidad. La maldad de los otros los ayuda a convencerse a sí mismos de que todo lo que pueden hacer es válido. Con tal de evitar eso absolutamente desconocido que se anuncia a través de la muerte, y que a todos asusta, juzgaron aceptable torturar inocentes, violar mujeres y masacrar a la población civil. A lo largo de toda la película se aprecia un incremento recíproco performativo de violencia que expresa claramente la propensión del terrorismo a ser instrumentalizado por el poder. Si los senderistas colocaban una bandera comunista en el puesto policial, los militares lanzaban una ofensiva de allanamientos y robos contra la población. Si los senderistas atacaban directamente el puesto, los militares se permitían secuestrar y torturar a civiles inocentes. Incluso cuando los terroristas no hacían nada, se usaba el terrorismo como justificación discursiva para maltratar a la población. Si se violó a una campesina, fue porque, seguramente, se le atribuyó algún tipo de relación con la insurgencia, tal vez familiar, tal vez racial, tal vez moral. Si se masacró a una treintena de civiles porque no nos dejaron ingresar a su fiesta, debemos decir y autoconvencernos de que lo hacemos porque son terroristas o amigos de terroristas. En estos casos, "el terrorismo parece ser un estado mental, más que una actividad" (Townshend 2002, 3).

Aunque Sendero Luminoso era un grupo particularmente salvaje, lo que el film, que lamentablemente no es una dramatización, ilustra con claridad es que, en ocasiones, está justificado temer más al *status quo* que a los que se oponen a él y que, por tanto, el poder necesita apelar a recursos discursivos-ideológicos para revertir la situación. Dada la capacidad militar y los alcances operativos de unos y otros, es lógico esperar que la población, en

cualquier lugar del mundo, tema más la violencia que ejerce el poder que la violencia que ejercen los grupos terroristas contra el poder. Además de la guerra interna del Perú, existen innumerables ejemplos históricos que muestran que el atinadamente llamado “terrorismo de Estado” puede ser mucho más terrorífico que el terrorismo subversivo. Cuando Hitler envió a parte de la población de su propio país a los campos de concentración o cuando Estados Unidos ataca con drones a la población civil de países de Oriente medio, se trata claramente de actos terroristas difíciles de equiparar a cualquier acción del terrorismo insurgente. La tortura sistemática que practicaban las dictaduras latinoamericanas en las décadas de 1960 y 1970 o las esterilizaciones forzadas del régimen fujimorista en el Perú tipifican también como terrorismo de Estado, con alcances cualitativa y cuantitativamente muy superiores al terrorismo subversivo.

El poder necesita, por tanto, invertir la intensidad de estos miedos y hacer lucir menos brutal su uso de la violencia respecto al uso que hacen los demás y, sobre todo, al uso que podrían hacer los demás. Necesita convencernos de que el miedo a un Leviatán artificial es más llevadero que el miedo a la muerte que impera en el estado natural hobbesiano. Al respecto dice Chomsky, en un análisis sobre su propio país, pero que fácilmente puede generalizarse, que “tanto para promover la violencia y la subversión en el extranjero, como para fomentar la represión y la violación de derechos fundamentales en el propio país, el poder del Estado ha tratado una y otra vez de crear la impresión errónea de que se está combatiendo a terroristas” (2017, 219). A veces, como en *La boca del lobo*, la impresión no es tan errónea, pero eso poco importa. Poco importa si realmente existe el terrorismo o si este es una amenaza real, lo que importa es aprovechar la imposibilidad de definirlo positivamente y, fundamentalmente, el miedo que provoca su sola idea para exagerarlo al máximo de modo que la brutalidad y los muchos otros defectos del sistema en vigor se conviertan en un mal menor.

Lo que todo esto revela, por supuesto, es que la instrumentalización del terrorismo es propia de un ejercicio inmoral y cínico del poder, muy alejado de cualquier ideal democrático o participativo. Tanto Hobbes como sus acólitos inconscientes ignoran la vinculación entre ética y política, y creen que el Estado y, en general, el poder, es un producto fabricado por los hombres

para no matarse entre ellos, una especie de artificio contra su propia naturaleza. Con esto no solo buscan justificar una concepción anacrónica y tergiversada del monopolio estatal de la violencia, sino en general, toda la corrupción y la insuficiencia interna del sistema. En realidad, aun cuando el terrorismo subversivo sea, ontológicamente, muy apto para ser convertido en una narrativa de legitimación del poder, lo que los gobernados deberían exigir es que los gobernantes lo dimensionen y presenten con honestidad, para enfrentarlo con firmeza, pero sin arbitrariedad. Se debería exigir que el discurso del poder se base en hechos reales, pero, desgraciadamente, no es lo que ocurre.

§3. SEMÁNTICA DEL TERRORISMO

Históricamente el poder nunca ha tenido demasiado aprecio por los hechos. O, más bien, nunca le ha gustado que los gobernados conozcan demasiado los hechos, pues esto podría llevarlos a cuestionar la configuración vigente del sistema. Aunque a estas alturas no sorprende, la intención de ocultar la realidad a la población también se ha querido justificar filosóficamente. El ya citado Platón defendía que “los gobernantes deben hacer uso de la mentira y el engaño en buena cantidad para beneficio de los gobernados” (1988, 459c-d). Por su parte, Maquiavelo alentaba que el gobernante mienta deliberadamente a la población siempre que le convenga, y que este debe ser “un gran simulador y disimulador” (1993, 71) capaz de “entrar en el mal si es necesario” (1992, 72) para sostenerse en el poder. En ambos casos, se cree que la estructura jerárquica de la sociedad es tan beneficiosa que debe intentar mantenerse por todos los medios, y, como bien sugiere Hobbes, para perpetuar el *status quo*, el mejor medio es el miedo.

Por eso el poder se permite distorsionar la realidad que atañe al fenómeno del terrorismo, cuando no simplemente inventarla, para articular una narrativa que provoque miedo y aplaque el entusiasmo de aquellos que se atreven a cuestionar a los poderosos. Se trata de una estrategia fundamentalmente lingüística que reconstruye los significados de las palabras, ignorando sus referentes en la realidad. Es una extrapolación del uso performativo del lenguaje del que es capaz el poder. Ahora, las palabras se usarán no solo

para inaugurar periodos legislativos o determinar quienes ocupan ciertos cargos, sino que serán la vía para crear una realidad paralela en la que todo aquel que no acepte acríticamente el poder será considerado como lo más abyecto que puede existir: un terrorista. Es un “abuso del mal” (Bernstein 2006, 10), que convierte lo que puede haber de real en el terrorismo, la comprensible condena moral y el miedo que provoca, en un discurso maniqueísta que polariza a la sociedad y busca justificar la expansión irrestricta de la voluntad de las élites, incluyendo sus más diversas perversiones. Este discurso, en el Perú, ha tomado el nombre de “terruqueo”.

§3.1. Del terrorismo al terruqueo

No es casual que Platón le concediera tal importancia a la manipulación de la población. Él sabía perfectamente que la creencia es un componente fundamental del conocimiento, tanto o más que la propia verdad o su justificación. Así, ya que la plebe tenía vedado el acceso a la verdad que descansaba en el ámbito inteligible, controlar sus creencias era equivalente a controlar todo aquello que podían concebir. Era equivalente a controlar su vida sin que lo perciban, que es lo que se espera de un poder realmente eficiente. El terruqueo sería, pues, en terminología platónica, una “mentira noble” (Platón 1988, 414c); es decir, un favor que le hacen las élites al ignorante pueblo para abreviar su camino al conocimiento de lo que es su propio bien. Este bien consistiría en pertenecer al estrato más desfavorecido de una sociedad jerárquica y no poder participar en las decisiones políticas del Estado, mientras que la abreviación consiste en apelar al miedo irracional para prescindir de las tediosas explicaciones racionales, que, por otro lado, no existen.

Lo importante aquí es notar que el componente esencial del terruqueo y de cualquier estrategia de manipulación masiva es la subsunción de la noción de verdad en la noción de creencia, lo cual solo puede hacerse efectivo por medio del lenguaje. El terruqueo implica, por tanto, una reingeniería semántica. El poder busca dilatar al infinito el referente de la palabra terrorismo de modo que ya no sea necesario verificar si su uso corresponde a la realidad. Hay que convencer, retóricamente, a la población de que todo

cuestionamiento al poder, aunque no apele a la violencia, remite a la desconocida y confusa guerra total hobbesiana. Peor aún, hay que convencerlos de que el verdadero terrorismo, si es llevado a cabo por el poder, no es terrorismo. Ya sea en los espacios institucionales controlados directamente por el poder como los parlamentos o ministerios, ya sea en los espacios sociales controlados indirectamente como escuelas o medios de comunicación, el poder llama insistentemente terrorista a todo el que le resulta incómodo. Chomsky describe así algunos casos particulares:

Hay otros muchos ejemplos esclarecedores de cuándo y a quién aplicamos el concepto de *terrorista*. Nelson Mandela, sin ir más lejos: su nombre no fue eliminado de la lista de terroristas registrados por el gobierno estadounidense hasta 2008. O Sadam Hussein, en el sentido inverso. En 1982, Irak fue retirado de la lista de estados que apoyaban el terrorismo a fin de que la Administración Reagan pudiera facilitar la ayuda a Hussein después de que este hubiera invadido Irán (Chomsky 2017, 43).

Así, el objeto intencional del concepto terrorismo se va difuminando progresivamente aprovechando la negatividad del fenómeno que originalmente designa. Primero se amplía el alcance del término para incluir también a quienes comparten, aunque sea tangencialmente, algunos elementos del marco ideológico de los subversivos. El terrorista deja de ser solo aquel que vuela un edificio en nombre del Islam y pasa a ser todo aquel que practica el Islam. Terrorista ya no es solo el que pone un coche bomba en nombre del comunismo, sino todo aquel que simpatiza con ese sistema de propiedad. En realidad, es una equivalencia falaz, pues no solo reduce la complejidad de las doctrinas políticas y religiosas a la interpretación de un grupo particular minoritario, sino que también confunde deliberadamente actos con motivaciones. El hecho de que alguien realice un acto violento en nombre de determinadas ideas no implica que todo el que profese dichas ideas vaya a cometer actos violentos o siquiera que tenga la intención de hacerlo. Incluso si determinadas ideas fueran inherentemente violentas, mientras estas no se materialicen en la realidad, es sencillamente una mentira llamar terrorista al que simpatiza con ellas.

Después, la retórica oficial incluye en el concepto terrorista también a aquellos que tienen la remota y abstracta semejanza de permitirse criticar el poder. Aquí, la original referencia a la violencia o a su apología se hace

completamente innecesaria, si acaso está presente en absoluto. El dictador argentino Videla, por ejemplo, “definió como terrorista ‘no solo a aquel con un arma o una bomba, sino también (y principalmente) a aquel que difunde ideas contrarias a la civilización occidental cristiana’” (Townshend 2002, 47), es decir, contrarias al poder. Ya ni siquiera hace falta compartir contenidos ideológicos concretos con los terroristas, sino que es suficiente con cumplir el débil y formal requisito de cuestionar, de alguna u otra manera, el sistema vigente. Cuanto más generales y vagas sean las semejanzas entre el terrorista y el terruqueado, mayor será el alcance de la estrategia. Así, el terruqueo permite transferir a otros tipos de poder una de las características que Eco identifica en el fascismo: la “neolengua”, que consiste en el uso de “un léxico pobre y en una sintaxis elemental, con la finalidad de limitar los instrumentos para el razonamiento complejo y crítico” (2000, 56).

La clave del proceso, por tanto, es el aprovechamiento de la inmediatez que la función nominativa del lenguaje tiene en la práctica. El uso cotidiano de las palabras muchas veces encubre errores lógicos presentes en sus significados, pues su identificación requiere cierto tiempo y esfuerzo, que no están disponibles durante las conversaciones o discursos del día a día. En el caso del terruqueo, el error lógico que se oculta es la inclusión de determinados individuos a una categoría a partir de la existencia de alguna característica común, generalmente imprecisa, que no es determinante de esa categoría. Concretamente, la falacia que el poder quiere validar por medio del lenguaje es la siguiente: los terroristas critican el poder, por tanto, todo el que critica el poder es un terrorista. Por supuesto, no existe una relación de consecuencia lógica entre un hecho y el otro, pues se puede criticar al poder sin ser terrorista. Y, aunque el poder es perfectamente consciente de esto, aprovecha que, al nivel superficial del lenguaje cotidiano, es altamente probable dejarse engañar por este tipo de “razonamiento”. La ya de por sí factible ilusión de creer que dos cosas son iguales porque comparten alguna característica se vuelve casi inevitable cuando, reiterativa y masivamente, una misma palabra se usa para designarlas a ambas. Sobre todo, si se trata de un término tan equívoco como el que nos ocupa.

En ese sentido, afirma Derrida, refiriéndose al terrorismo, que “cuanto más confuso es un concepto, tanto más se presta a una apropiación oportunista”

(Borradori 2003, 103), y agrega que la “inestabilidad semántica” del terrorismo es lo que le permite al poder “imponer y legitimar [...] la terminología y, por tanto, la interpretación que más le conviene en determinada situación” (Borradori 2003, 105). El terruqueo es, por tanto, un intento de aquellos que detentan el poder de extender su autoridad política por medio del lenguaje para incluir también un componente de autoridad epistémica, y así reforzar su autoridad política. En efecto, pensamos con palabras, por lo que el que controla las palabras controla el pensamiento e, indirectamente, la realidad misma.

Lo irónico de todo esto, aunque en el fondo resulta lógico, es que el terruqueo ayuda al terrorismo. Por un lado, el ensanchamiento arbitrario del objeto intencional de este concepto tiene como resultado la banalización de un fenómeno que, en realidad, sí amerita preocupación y un trato serio. Si todo es terrorismo, ya nada es terrorismo, ni siquiera el verdadero terrorismo. Muchos criminales pueden aprovechar la difuminación y la dilución de significados para intentar ocultar, sino directamente legitimar, de alguna forma, su actividad. Para los significativos porcentajes de la población que sí perciben el cinismo y el engaño del poder, este discurso puede incrementar sus posibilidades de tomar a verdaderos terroristas como víctimas del terruqueo. Podríamos ilustrar este vaciamiento de significado del terrorismo con un símil platónico: Si las figuras que los titiriteros de la caverna de Platón mueven para generar las sombras que ven sus prisioneros pierden su vínculo con las formas verdaderas que representan, ni siquiera los que se liberan de las cadenas podrán nunca identificar correctamente dichas formas. Aunque tal vez para Platón esto no sería un inconveniente mayor, en la sociedad actual, que aspira a ser democrática, es peligroso que lo poco de objetivo y lo verdaderamente abyecto que tiene el terrorismo se pierda de vista, por culpa del poder.

Por otro lado, el terruqueo, al exagerar la amenaza terrorista, genera más terror que el que los propios terroristas habrían podido imaginar. Hace esto no solo porque amplifica la repercusión de sus actividades, sino, principalmente, porque destruye el frágil proceso de luto de sus víctimas. Por ejemplo, es imposible que los familiares de los fallecidos en los atentados de Sendero Luminoso superen su dolor y, cuanto menos, perdonen dichos

actos, si son bombardeados permanentemente por un discurso que instrumentaliza el terrorismo. También es imposible que los familiares de las víctimas de las matanzas paramilitares del Grupo Colina, justificadas con el terruqueo, sanen sus heridas si el mismo discurso de odio que las produjo se reproduce sin mayor impunidad. Estas consecuencias discursivas que, como bien muestra el último ejemplo, pueden degenerar en barbarie, justifican plenamente afirmar que el terruqueo es, en sí mismo, una forma de terrorismo.

§3.2. Peores que el ciudadano Kane

El día previo a la primera vuelta de la elección presidencial del 2021 en el Perú, el diario *Perú21*, toda una referencia de imparcialidad y objetividad, publicó el siguiente titular: “Cuidado. Sendero Luminoso estará presente en estas elecciones” (*Peru21* 2021). Lo que los directores de este periódico parecen haber olvidado es que, en la práctica, Sendero Luminoso cesó sus actividades hace, por lo menos, 20 años y que su brazo político, llamado MOVEDEF, fue prohibido de participar en los procesos electorales del país hace más de 10 años. También parecen haber olvidado que en el Perú existe una ley (ley N° 30717) que prohíbe expresamente a los condenados por terrorismo postular a cargos públicos, incluso después de haber cumplido su condena, por lo que es imposible que Sendero Luminoso pueda “estar” en ninguna elección. En síntesis, lo que los responsables de este diario olvidan, o, mejor dicho, ignoran deliberadamente, es la realidad misma.

Si se tratara de una portada aislada de un periódico aislado, sería una anécdota. Pero este hecho es una muestra, incluso pudorosa, de la conducta sistemática que tuvo casi toda la prensa peruana en ese proceso electoral, y que sigue teniendo. La virtual totalidad de los medios televisivos, escritos, radiales y digitales llevaron a cabo una ofensiva propagandística de reemplazo de significados y falsificación de la realidad, cuyo componente esencial fue el terruqueo. Se trataba, sobre todo con miras a la segunda vuelta, de convencer a la población de que uno de los candidatos, percibido como hostil al sistema, era un peligroso terrorista o, lo que para ellos es lo mismo, un simpatizante terrorista, cuya victoria traería como resultado poco

menos que la destrucción completa de todos los seres vivos del país. Hasta donde se sabe, este candidato no formaba parte de ninguna organización terrorista, y condenaba, casi diariamente, esta actividad. Pero esto era lo de menos. La realidad es lo de menos. Lo importante era que el poder, a través de la prensa, planteara, emulando una famosa caricatura, el dilema que Hobbes le enseñó a plantear: “O nosotros, o el caos” (*Hermano Lobo* 1975).

Pues bien, aunque en el Perú la población terminó eligiendo lo que se le presentó como el caos, el terruqueo funcionó, pues los resultados fueron mucho más ajustados de lo que se preveía. Esto le da la razón a Chomsky cuando afirma que “el terrorismo funciona” (2001, 25). En este caso, el terrorismo, en la forma de terruqueo, fue efectivo para asustar y manipular a amplios sectores de la población. Se justifica homologar así el terruqueo mediático peruano al papel de la prensa estadounidense para que una parte importante de la población y los legisladores de ese país creyeran que “los Estados Unidos, en su Guerra contra el terror, luchaban contra el gran Satanás, el Anticristo” (Bernstein 2006, 196), y así obviarán muchas de las atrocidades que cometía su gobierno en dicha “guerra”.

Lo esencial de esta estrategia es la capacidad que proporciona la prensa al poder de penetrar, extensiva e intensivamente, en la psique de la población. Habermas llama “feudalizada” a esta prensa que, lejos de fiscalizar al poder, le es servil. Según él, la prensa, tal como se entiende hoy, surgió a fines de la Edad Feudal y en los albores de la Modernidad (siglos XVI-XVII) como instrumento para informar sobre las actividades y las órdenes reales, pero pronto “se convirtió la prensa en una sistemática servidora de los intereses de la Administración” (Habermas 1997, 58). A mi juicio, el caso peruano muestra que la situación de la prensa en las sociedades contemporáneas es mucho peor que esta feudalización. Ya no se trata simplemente de una prensa servil al poder, sino que la prensa es parte misma del poder. La división entre unos y otros se ha vuelto irreconocible y la prensa se ha convertido en una especie de extensión o prótesis del poder. Son un engranaje más de su refinado mecanismo de control. Son los encargados de proyectar las sombras platónicas que una proporción significativa de la población toma por realidad.

Hoy la prensa es parte del poder porque este ha dejado de ser apenas la imposición de la voluntad de la nobleza o la sola burocracia de una administración estatal para convertirse en un complejo y anónimo tinglado de intereses económicos. Se ha constituido una especie de plutocracia en cuya cúspide los adinerados propietarios de los medios de comunicación y sus patrocinadores ocupan un lugar de privilegio. El propio Habermas admite que el dinero ha invadido y ha deformado la esfera pública, en la que, idealmente, debería constituirse un ejercicio democrático del poder. Indica, con razón, que, en la sociedad capitalista actual, los subsistemas instrumentales no lingüísticos como el mercado, cuya articulación no es comunicativa ni relacional, sino más bien teleológica-estratégica, colonizan el “mundo de la vida”, que incluye la actividad política. Por tanto, como ahora el dinero es el rasgo distintivo del poder, y la prensa es controlada por el dinero, se justifica afirmar que la prensa es parte del poder. El terruqueo es solo un caso particular de este movimiento ya que al terrorismo “se lo suele considerar el arma de los pobres porque los fuertes (ricos) también controlan los sistemas doctrinales” (Chomsky 2001, 26). Ello indica que estamos en presencia de un poder que, aunque conserva el mismo espíritu cínico que le inculcó Hobbes, es bastante más sofisticado de lo que él pudo haber imaginado.

§4. EL PODER NO NACE DEL FUSIL

El papel de la prensa en el terruqueo sugiere que ya no es necesario apelar a la violencia física para controlar a la población. Es cierto que, desde hace un par de siglos, varios filósofos han cuestionado la identificación entre poder y violencia, pero, por lo general, han pecado de un excesivo optimismo y han perdido de vista que un poder no-violento puede ser incluso más opresivo que uno violento, como bien muestra nuestro objeto de estudio. El caso emblemático es el de Hannah Arendt, quien acierta cuando afirma que “poder y violencia (física) no sólo no son lo mismo sino que en cierto modo son opuestos” (1997, 94), pero deja de acertar cuando dice que el ejercicio no violento del poder implica necesariamente la acción concertada, plural y democrática de los ciudadanos. En realidad, como bien sugieren Foucault y Byung-Chul Han, el ejercicio pacífico del poder puede ser más nocivo que el violento. El primero llamó “capilar” a este poder, en tanto “(...)

alcanza la textura misma de los individuos, afecta su cuerpo, se incorpora a sus gestos, sus actitudes, sus discursos, su aprendizaje, su vida cotidiana (...)" (Foucault 2019, 147). El segundo va más allá y cree que el poder ya no necesita ocuparse del cuerpo, pues el desarrollo tecnológico del siglo XXI permite un control casi total de la psique en el que "la coerción o la opresión se vivencian como libertad" (Han 2017, 69). Para Han, el biopoder de Foucault se ha convertido en un psicopoder, gracias a la tecnología.

El uso instrumental del terrorismo por parte del poder le da la razón al filósofo coreano. La gran paradoja del terruqueo es que, pese a inspirarse en el discurso hobbesiano de legitimación del monopolio de la violencia, le ha mostrado al poder el camino para dejar de sostenerse en la violencia física y sustituirla por mecanismos más blandos y sutiles, por tanto, más difíciles de percibir y combatir. La instrumentalización del terrorismo demuestra que si los titiriteros de la caverna platónica tienen la suficiente habilidad, no necesitan atar cadenas a sus prisioneros para mantenerlos sumisos, sino que estos permanecerán así por su libre y espontánea voluntad, embobados por las sombras que tienen delante. En ese contexto, los dos elementos psicológicos más destacables que se aprecian en el terruqueo pero que son generalizables a todo el ejercicio del poder son: la fragmentación social y la narcosis semánticamente inducida.

§ 4.1. *Divide et impera*

El poder usa el discurso sobre el terrorismo para dividir la sociedad entre buenos y malos o, más específicamente, entre muy buenos y muy malos. Es un maniqueísmo simplista y radical que, no obstante, resulta eficaz para inhibir las posibilidades de una actividad política verdaderamente democrática, es decir, es eficaz para mantener el *status quo*. Si se estigmatiza arbitrariamente a sectores sociales enteros con la ignominiosa etiqueta de terroristas, se garantiza que aquellos que lo crean nunca estén dispuestos al diálogo con ellos. Esto perpetúa una dinámica de polarización e insulto como solución fácil ante la incomodidad de ver las creencias propias cuestionadas y como vía de escape ante la mínima posibilidad de debate político. En efecto, las víctimas del terruqueo son condenadas a la

marginalidad de la vida política de la sociedad, mientras los victimarios contribuyen voluntariamente a su propia opresión a cambio de sentirse, engañosamente, más seguros física y sobre todo políticamente.

"El terrorismo es entonces el arma de aquellos que están en contra 'nuestra', quienquiera que sea ese 'nosotros'" (Chomsky 2001, 27). En principio, ese "nosotros" son los que detentan el poder, pero puede también tomar la forma de los más diversos grupos de simpatizantes del poder. Cada uno de ellos apela a la excusa del terrorismo como armadura frente a lo diferente y, en última instancia, frente al cambio. Se trata de una excusa para instalarse cómodamente en los prejuicios del propio grupo y sofocar toda amenaza de pluralidad. Por ejemplo, en lugar de discutir los medios para integrar a las minorías religiosas en la sociedad, lo cual implica necesariamente la realización de concesiones por parte de la religión mayoritaria, es más fácil identificarlos como terroristas o afines y evitar el debate. En lugar de buscar soluciones concertadas ante la vulgar desigualdad económica que generan las políticas neoliberales, es más fácil llamar terrorista a todo el que sea pobre o se preocupe por ellos, y caricaturizar sus legítimas demandas como encomios a la subversión. En una sociedad de fanáticos que temen a todos los que no comparten sus dogmas y les asocian la maldad más vil, la democracia y la participación política se vuelven inviables y el poder jamás se ve amenazado.

Además, ese "nosotros" contra el que conspiran los malos, se convierte fácilmente en un "yo". Ya no solo se presenta una división moral entre un endogrupo y un exogrupo, sino que cada individuo se siente legitimado para ser su propio autorreferente ético. Al igual que sus gobernantes, los ciudadanos ya no necesitan la correspondencia con la realidad o la argumentación racional para justificar su conducta, sino que se limitan a señalar al diferente como moralmente insuficiente para validar sus costumbres individuales. Cada uno actúa con la intención de reforzar su propia visión del mundo, en una dinámica exacerbada por la interacción digital y sus algoritmos, que restringen los contenidos que cada uno ve a aquello que coincide con lo que uno ha visto anteriormente, es decir, con la propia ideología. Se genera una sociedad atomizada que agrega individualismo al ya de por sí destructivo cóctel de instrumentalidad y mercantilismo que desmantela

la esfera pública. “Por el aislamiento del sujeto de rendimiento, explotador de sí mismo, no se forma ningún nosotros político con capacidad para una acción común” (Han 2014, 10).

Por tanto, el “divide y vencerás” que pronunciaban los romanos, se ha convertido hoy en un “divide y gobernarás” o un “divide y tendrás poder”. En cualquier caso, el poder, en la versión cínica y corrupta que existe *de facto*, se ha percatado de que alentar la fragmentación social, sobre la base del temor al otro y la pérdida de confianza mutua, favorece la apatía política y consecuentemente, maximiza sus posibilidades de supervivencia. Continúa así la negación hobbesiana de la naturaleza social y política del ser humano para colocar en su lugar al miedo, específicamente el miedo al diferente, como estribo del poder. El terruqueo es simplemente el mejor ejemplo de cómo es que hay que hacer eso: con discursos, computadoras y televisores, pero sin disparar un solo tiro ni encarcelar a nadie.

§4.2. Un mundo feliz

La fragmentación social es solo la expresión superficial de un fenómeno bastante más profundo, a saber, el estado de narcosis vital que el autoritarismo semántico del poder induce. No es solo un quietismo frente al poder, sino un estado generalizado de inercia epistémica, moral y política. Cuando, como en el terruqueo, el poder impone suavemente las tramas de significado y sentido de palabras y conceptos, adormece paulatinamente el espíritu curioso y crítico de los ciudadanos. Lo que inicialmente es una promesa de estabilidad y protección frente a la violencia terrorista, se convierte pronto en una promesa de certidumbre general respecto a las formas de vivir y conocer. No pocos quedan envueltos por estas promesas, de forma fundamentalmente inconsciente, pues resulta muy tranquilizador vivir en un mundo con significados fijos e inalterables. Resulta mucho más cómodo cubrir la compleja y dura realidad con el velo que el poder nos ofrece para simplificarla y hacerla menos amenazante.

Reproduciendo, en cierta medida, el intelectualismo propuesto por Platón, el poder contemporáneo descubre que, operando sutilmente

en la clandestinidad de la semántica, puede ofrecer a los gobernados un ansiolítico ante la falibilidad y fragilidad de las convicciones propias y de la realidad misma. El problema es que el efecto colateral de ese ansiolítico es el marasmo y el sometimiento voluntario ante el poder. Llámese nacionalismo o consumismo, religión o trabajo, todas las ideologías, narrativas, y articulaciones simbólicas que el poder afianza subrepticamente por medio del lenguaje, tienen pocas probabilidades de encontrar resistencia, pues seducen en lugar de someter. Se produce una transacción, mediada lingüísticamente, en la que el gobernado se entrega al poder a cambio de las verdades confortables que este produce.

En otras palabras, ya que “la denominación o asignación de nombre es al mismo tiempo una asignación de sentido” (Han 2017, 48), lo que las manipulaciones semánticas del poder, incluyendo el terruqueo, hacen, es darle un sentido a la vida de las personas. Aprovechando las plataformas lingüísticas que tiene en tanto autoridad política, el poder se arroga y hace efectiva también una autoridad epistémica y, por tanto, una autoridad existencial. Ello produce autocomplacencia en los gobernados, que hipostasian el discurso oficial, “los sometidos al poder se pliegan a él como si eso fuera un orden natural” (Han 2017, 70). Esto disuade, sosegadamente, pero con gran eficacia, las aventuras reformistas o revolucionarias. Muchos prefieren ser oprimidos que afrontar la posibilidad del error y de lo desconocido, prefieren que la historia termine antes que asumir la responsabilidad de escribirla. El poder, oxidando y empobreciendo el lenguaje, mata la curiosidad de los gobernados, mata el asombro que dio origen la filosofía y, por tanto, a la crítica. Cuestionar al poder se convierte, entonces, en un salto al vacío con alcances cualitativamente muy superiores a la sola violencia física que Hobbes le atribuyó. El poder ahora nos plantea, como su alternativa, la pérdida de todo el suelo de significados y todo el horizonte de sentidos, nos amenaza implícitamente con un retorno a las arenas movedizas de indigencia existencial.

Ciertos elementos de esta narcosis social fueron captados por Aldous Huxley en su pionera novela distópica *Un mundo feliz*. En ella, los gobernantes “(...) comprendieron que el uso de la fuerza era inútil” (Huxley 2014, 44), e implementaron un sistema de condicionamientos psicológicos para

convencer a los ciudadanos, desde pequeños, a aceptar con entusiasmo el lugar que les correspondía en la jerárquica estructura socioeconómica. Al igual que en la sociedad actual, el condicionamiento tenía como elemento esencial al lenguaje, era un condicionamiento en el cual “se precisan las palabras, pero palabras sin razonamiento” (Huxley 2014, 27), pues “la verdad es una amenaza, y la ciencia un peligro público” (Huxley 2014, 167). Se exageraba, como hoy, el miedo al sufrimiento para que los individuos recurrieran voluntariamente al poder en búsqueda de certezas y consuelo.

En la novela, al igual que hoy en día, las certezas se distribuyen repitiendo sistemática y compulsivamente frases y consignas vacías mientras que el consuelo se entrega en forma de pastillas antidepresivas de efímero efecto. Hoy, estos antidepresivos toman también la forma de teléfonos celulares y otros bienes de consumo, cuyo efecto analgésico es aún más efímero. Aunque quizás con un menor grado de intencionalidad de los gobernantes, la sociedad actual también cree que “(...) el mundo es estable. La gente es feliz; tiene lo que desea, y nunca desea lo que no puede obtener” (Huxley 2014, 162). La dominación blanda alienta el conformismo social y, a menos que hagamos algo, nuestro mundo tecnológico tenderá cada vez más a convertirse en ese mundo feliz en el que “nadie tiene la menor oportunidad de ser noble y heroico” (Huxley 2014, 174); es decir, en el que es imposible la acción política y el examen del poder.

§5. CONCLUSIONES

Como hemos visto, el terrorismo reproduce y exagera la característica ontológica fundamental del mal en general, la negatividad. Solo podemos definir y aproximarnos al terrorismo imprecisamente, en tanto negación de lo que efectivamente existe. Su fragmentario y sombrío uso de la violencia aunado a la extraordinaria abstracción de los ideales que reivindica, constituyen una esencia de pura otredad. Esta otredad lo hace propenso a la manipulación e instrumentalización narrativa por parte del poder, que puede presentarlo como una muestra del caos y la violencia que se desataría en ausencia del propio poder. El carácter misterioso y oscuro del terrorismo encaja a la perfección con la pretensión de actualizar la

justificación existencial que Hobbes inauguró para el poder: evitar el caos y la violencia generalizada.

Esta instrumentalización consiste en exacerbar el miedo distorsionando el referente de la palabra terrorismo; es decir, retoma la sugerencia platónica de engañar deliberadamente a la población. El poder aprovecha su control de los espacios institucionales, mediáticos y educativos para desplegar una estrategia semántica, basada en la repetición sistemática y en la inmediatez del lenguaje, que debilita progresivamente los requisitos para que alguien sea considerado terrorista. Se prescinde de la necesidad de fundamentar el significado de la palabra en la correspondencia con la realidad para poder generalizar su aplicación. Primero se generaliza a aquellos que comparten, aunque sea vagamente, contenidos ideológicos con los terroristas, para luego incluir a todo aquel que satisfaga el requisito formal de cuestionar al poder.

Pero el terruqueo no es un fenómeno aislado, sino que está adscrito a un entramado de estrategias y prácticas de poder más amplias, ubicuas. El terruqueo es apenas un ejemplo de la capacidad que tiene el poder de manipular, por medio del lenguaje, el pensamiento de los gobernados y la propia realidad. Es un ejemplo de que los nuevos medios tecnológicos liberan al poder de la necesidad de apelar a la violencia para sostenerse. En su lugar, se seduce sutilmente a las personas para que estas se sometan voluntariamente y les resulte imposible cuestionar su subordinación. Tanto la fragmentación social, la polarización y el individualismo, como la narcosis social, la apatía moral-existencial y la inhibición del pensamiento crítico son las características que definen a esta nueva y casi imperceptible forma de poder.

Sin embargo, aunque las descripciones anteriores reflejan un estado dramático, ello no debe conducirnos al desaliento o al pesimismo, pues reconocer los nuevos mecanismos de dominación es el primer paso para cuestionarlos y derribarlos. Denunciar el cinismo y la corrupción que caracterizan al poder actual es también una forma de invocar a la acción y allanar el terreno para una organización social más democrática y transparente. En lugar de permitir que el poder se apropie del lenguaje, los ciudadanos

estamos llamados a resistir la manipulación semántica y (re)construir nuevos espacios colectivos, incluso en los espacios que el poder controla, para cuestionar el discurso único y su facilismo. Es nuestro deber poner límites a la autoridad política y frenar su intento de convertirse también en autoridad epistémica. Es nuestro deber salir de la dinámica de polarización para refutar, con calma y argumentos, cada uno de los sofismas y falsos dilemas que plantea el poder. Es nuestro deber, pues, reivindicar los matices y evitar el extremismo, tanto en la esfera política, como en nuestra vida cotidiana y mantener vivo el espíritu crítico de la filosofía para con el poder.

Bibliografía

- Arendt, Hannah, 1997. *¿Qué es política?* Barcelona: Paidós.
- Bernstein, Richard, 2006. *El abuso del mal. La corrupción de la política y la religión desde el 11/9*. Buenos Aires: Katz.
- Borradori, Giovanna, 2003. *Philosophy in a time of terror. Dialogues with Jürgen Habermas and Jacques Derrida*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Chomsky, Noam, 2001. *El terror como política exterior de Estados Unidos*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- 2017. *Porque lo decimos nosotros. Ideal democrático, estrategias de poder y manipulación en el siglo XXI*. Bogotá: Paidós.
- Eco, Umberto, 2000. *Cinco escritos morales*. Barcelona: Lumen.
- Foucault, Michel, 2019. *Microfísica del poder*. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- Habermas, Jürgen, 1997. *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: G. Gili.
- Han, Byung-Chul, 2014. *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- 2017. *Sobre el poder*. Barcelona: Herder.
- Hermano Lobo* 4 (169), 2 de Agosto de 1975.
- Hobbes, Thomas, 1980. *Leviatán*. México D.F.: Fondo de cultura económica.
- Huxley, Aldous, 2014. *Un mundo feliz*. México D.F.: Ediciones del sindicato nacional de trabajadores del INFONAVIT.
- Maquiavelo, Nicolás, 1993. *El príncipe*. Barcelona: Altaya.
- Peru21*, 10 de Abril de 2021. Disponible en: <https://peru21.pe/impresia/sendero-luminoso-estara-presente-en-estas-elecciones-noticia/> Consultado 26 de Junio de 2024.

Platón, 1988. *Diálogos IV. República*. Madrid: Gredos.

— 1999. *Diálogos IX. Leyes (Libros VII-XII)*. Madrid: Gredos.

Real Academia Española, 2001. *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Real Academia Española.

Townshend, Charles, 2002. *Terrorism: A very short introduction*. Oxford: Oxford University Press.